



INFORME: LITERATURA EN CLM, AYER Y HOY

Regiones devastadas

Una mirada retrospectiva hacia el Toledo de posguerra a través de la Literatura

Ana María Ochoa Villalba

La dura disciplina escolar, el encasillamiento social y sexual, la manipulación de los medios de comunicación, el estraperlo, la autarquía, el Toledo provinciano, la represión, el despertar a la vida de una adolescente... Podríamos seguir enumerando temas, por más que quisiésemos no lograríamos citarlos todos porque el libro de Enriqueta Antolín es una especie de maraña tejida a base de recuerdos de adolescencia enlazados los unos a los otros sin saber muy bien dónde empieza uno ni cuándo acaba otro, por eso más de un hilo queda suelto... Retazos de una vida que pasó...

A pesar del tiempo y el espacio que puedan separar al lector de la autora, la obra literaria posee la facultad de transportar a aquél hasta los lugares y momentos evocados cuando tiene ante sí un relato como el de *Regiones devastadas*: el testimonio directo e intimista de las vivencias de una joven que, a través de su ingenua mirada, nos ofrece el oscuro y sórdido panorama que ofrecía la España de posguerra desde su perspectiva femenina y adolescente, salpicando la narración de amenas anécdotas que suavizan la decadencia de posguerra que se describe, pero que, no por ello, carecen de cierto poso de amargura.

Difícil es distinguir los límites entre recuerdos autobiográficos y ficción en una obra semejante, pero, en cualquier caso, para el historiador resulta interesante la detallada descripción de la sociedad, la educación, la cultura o la mentalidad de la época, lo que la convierten, no sólo en una novela realista más, sino también en una fuente de cierto valor histórico en tanto que su autora es un testigo ocular de todo cuanto describe, aunque siempre es preciso tener presente la subjetividad que le mueve a hablarnos de lo que ve, siente y vive.

Entre visillos

Levantando lentamente y con precaución la gasa que le separa del exterior. Conteniendo la respiración. Sin hacer ruido. Entornando los ojos para escudriñar, mal que bien, lo que le está

vedado y tratando de observar sin ser vista la realidad externa tamizada por un fino velo de encajes que no le deja distinguir sus formas con precisión. Así se ve la vida entre visillos, así la vio mi abuela durante cuarenta años...

Deseosa de conocer aquello que le estaba prohibido. Tensa por ese miedo nervioso que acompaña a la curiosidad, pero que lejos de frenarla la aumenta. Atenta para intentar captar alguna pequeña pista que le ayude a comprender lo que ocurre a su alrededor. Así también veía el mundo la anónima protagonista de *Regiones Devastadas* que para humanizarla más aún en la introducción hemos llamado Enriqueta, como su autora.

Ahora sonreiría nostálgica y tiernamente al recordar su ingenuidad infantil y la naturalidad con la que aceptaba todo cuanto veía, oía y hacía... Al fin y al cabo era hija de su tiempo.

Aún recuerda el silencio respetuoso que guardaban ante el maestro en el colegio y la rigurosa educación que recibían niños y niñas por separado, concebida para memorizar y no para enseñarles a pensar. Afortunadamente no todos los profesores practicaban la única máxima pedagógica vigente por aquel entonces, *la letra con sangre entra*, cuando más de uno se saltaba algún que otro rey godó...

Había nacido con la depresión de la posguerra y junto con ella habría de morir la niña que fue, para dar paso a la mujer en la que se convertiría cuando cortase sus largas trenzas, sin las que tan extraña e incómoda se veía en un principio, o cuando su dicharachera vecina, Rita, comenzase a mirarle con recelo cada vez que se acercaba a sus tiestos en esos días que Enriqueta se encontraba... "enferma" ¡Todo el barrio se enteró! Y ella oía a las vecinas cuchichear entre susurros mientras le miraban y sonreían con aquellas caras de bobas... ¡Qué bochorno!

Aquello, sin embargo, también tenía sus ventajas: por fin podría lucir esos zapatos de tacón que tanto le gustaban y sobre los que era incapaz de dar un paso sin perder el equilibrio, participar en ciertas conversaciones de las que anteriormente se le excluía e incluso se convertiría en la confidente de sus mayo-

RESUMEN:

Entre regiones devastadas deambulaba allá por 1953 una adolescente sin nombre que bien podría ser cualquiera de las hijas de la posguerra. Había sido moldeada desde su infancia con el barro de la "España invicta" que le enseñó a rezar el *Padre nuestro* y a cantar el *Cara al sol*, a renegar del "peligro rojo" y a alabar la "Cruzada" que salvó a España del "cáncer comunista". Enriqueta Antolín, palentina de nacimiento, se trasladaría durante su infancia a Toledo, y aquí ambientaría las desventuras de la protagonista de su trilogía formada por *La gata con alas*, *Regiones devastadas* y *Mujer en el aire*, tres novelas que sumergen al lector en una época y un lugar que nada tienen que ver con la actual España.

res: aún recuerda cómo su abuelo le confió cómo pretendía solventar el problema del desabastecimiento de carburantes que sufría todo el país gracias a un mejunje de su invención que, como mucho, acabaría con algunas ratas. Pero probablemente lo más divertido fue ayudar a Rita a elegir el tipo de hábito que deseaba llevar bajo promesa de no volver a echarse novio después de ser rechazada por el Interfecto, siempre que tuviese un buen escote y un llamativo color que no mermase su atractivo porque, quién sabe, podría darse el caso de encontrar algún otro pretendiente (¡!)

La relación con sus amigas también comenzaría a cambiar: habían dejado las muñecas de lado y se entretenían cuchicheando sobre los “descubrimientos” que iban realizando desde las claves de la elegancia de la mujer: unas uñas arregladas, unos zapatos limpios y el pelo bien peinado, según comenta Enriqueta, hasta la última noticia de aquella España milagrera que suplía la ignorancia de la gente con noticias tan extravagantes como apariciones marianas o gatas voladoras, cuando no se burlaban cariñosamente de Enriqueta cada vez que aparecía ese muchacho que tanto le... agradaba. Se ponía como la grana... El amor adolescente: ingenuo, idealizado, secreto... que único que se degusta sin hartura precisamente porque no se le llega a probar. La mente le da vida, mientras en la práctica cada vez que el susodicho se acercaba Enriqueta se limita a desviar la mirada hacia el suelo, mientras un ligero rubor le encendía la cara y no podía evitar sonreír para sus adentros.

También ellas le harían sus confesiones, algunas de estas sellarían su amistad, como la de Raquel. ¡Tantas veces había leído Enriqueta aquella leyenda de Bécquer sobre la muerte del Santo Niño de la Guardia y tanto odio antisemita le habían infundido, que se quedó perpleja al comprobar que no eran precisamente los judíos demonios cuando Raquel le confió su verdadero credo, ella, que era un ángel!

Fue a partir de entonces cuando comenzó a cuestionar aquello que por un “dogma de fe” prácticamente se le había inculcado y si en su conciencia habían comenzado a martillar algunas cuestiones, ahora con mayor insistencia resonaban en su mente las dudas: “¿Por qué habláis en susurros de esa guerra que nunca queréis mencionar delante de mí?”, “¿Por qué debo cumplir católicamente con mis obligaciones religiosas si nadie se digna a escuchar mis dudas sobre ellas porque no se me permite siquiera dudar?”, “¿Por qué he de resignarme a ser esposa y madre?”, “¿Por qué Raquel ha de llevar un crucifijo al cuello y ocultar que es judía?”, “¿Dónde está papa? ¿Volverá algún día?”, “¿Por qué depuraron a D. Rodrigo? ¿Por qué se ha suicidado?”, “¿Qué me estáis ocultando que no debo saber...?”

Esta pequeña “gata” había comenzado a desplegar sus alas, no tardaría en aprender a volar. Ella, como el resto de españoles de su generación vio pasar su infancia y pubertad entre visillos, hasta que sus dudas le llevarían a intentar descorderlos, intentando desafiar las incuestionables respuestas que hasta entonces se le ofrecían.

Historia y Literatura

Las pequeñas anécdotas cotidianas que se acaban de relatar y que Enriqueta Antolín narra con mayor detalle en su obra, son sólo una muestra del testimonio personal que nos ofrece la autora al evocar el Toledo de posguerra en el que crecería y con las que más de un lector o lectora se sentirán identificados.

Gracias a la Literatura el hombre ha podido plasmar sus ideas y emociones, siendo capaz de unir a autores y lectores separados tanto en el tiempo como en el espacio; sin embargo, al margen de las vivencias personales que se reflejan en este libro y que trascienden su propia época, *Regiones Devastadas* consi-

gue transportarnos al Toledo provinciano de posguerra a través de la inocente, pero atenta mirada de una joven, cuya perspectiva femenina nos ofrece una particular visión de aquella España en la que le tocó vivir durante los primeros años de su adolescencia.

El hombre anónimo (o en este caso la mujer) es quien habla a través de las páginas de esta obra que, aparte de amenizar las horas de ocio del lector, constituye para el historiador un testimonio de cierta relevancia histórica, tanto en el plano de lo social como en el de las mentalidades, por ser un testigo directo quien nos describe ciertos aspectos de la realidad cotidiana de la España de finales de la posguerra, momento en el que se ambienta la novela. Supone, por tanto, la Literatura un instrumento apto, a pesar de su subjetividad, para acercarse a la realidad histórica, aunque evidentemente no todas las obras literarias son susceptibles de cumplir esta función de modo que no nos aproximará de la misma manera a la España del XVII *El Buscón* de Quevedo, que *Las aventuras del capitán Alatríste* de Pérez Reverte.

Alejándose de la “gran” Historia, Enriqueta Antolín nos sumerge, como se ha visto, en la vida cotidiana del españolito de a pie que, a pesar de que nunca leerá su nombre en los manuales, pasiva o activamente contribuye también a escribirlos.

Especialmente significativa es la metáfora de la “gata con alas”, viniéndose a identificar la protagonista con ésta en tanto que se atribuye a sí misma un carácter felino de independencia y curiosidad inquisitiva, mientras que las alas a las que alude son el símbolo del despertar a la madurez que la impulsan a abandonar el sueño de la infancia, a descubrir por cuenta propia, a volar... Tema éste que trasciende las fronteras del mismo libro; sin embargo, será la forma de “echar a volar” lo que separa a nuestra generación de la de nuestras madres: más de una recordará algún que otro reglazo en su mano por cuchichear con la compañera o plantear alguna pregunta inoportuna, guardará con nostalgia las largas trenzas que hubo de cortarse, como si de un ritual se tratara, alcanzados los doce o trece años, o recuerda con recelo las prohibiciones de tocar la mayonesa o las flores durante el periodo menstrual. Anécdotas estas que pueden movernos a esbozar una sonrisa ante costumbres y mentalidades que hoy podríamos considerar anticuadas, cuando no ramplonas, de un pasado infantil que arraigó con tal fuerza en nuestros progenitores que algunas veces deja escuchar sus lejanos ecos:

“Antes se podía pasear por las calles con más tranquilidad, ahora no hay más que delincuentes detrás de las esquinas”, “No teníamos tantos ordenadores ni consolas de videojuegos, pero sabíamos cuántos eran dos y dos”, “A un padre nunca se le levantaba la voz y ¡ay! de aquel que se atreviese a responderle al maestro”, “Aquí no había tanto inmigrante, eran los españoles los que nos marchábamos con la esperanza de volver pasado un tiempo, ¡pero no de quedarnos en el país de destino!”, “Ahora se enseñan en la iglesia unos escotes... y antes, en cambio, te veía el cura sin velo sobre la cabeza y te echaba del templo”, “Si hubieses pasado el hambre que pasamos nosotros no dejarías ni una miaja en el plato”, “Tu abuelo a veces nos contaba cómo un guardia civil vestido de paisano se vio obligado a comprarle varios kilos de patatas de tapadillo para poder alimentar a su familia”, “Antes no teníamos tanta ropa, con un par de trajes nos arreglábamos y ahora da lástima tirar esta que está nueva”, “Si Franco levantara la cabeza...”

La familia, el municipio, el sindicato, el azul de Falange, el crucifijo al cuello, el brazo en alto, el racionamiento, la depuración, la censura... El pasado a veces es un pesado lastre que hemos de arrastrar durante toda la vida. ¿Cómo echar a volar con tanto peso? ■